

Rumbo al mar



Antonio J. Tinedo

REVISTA – UN MAR DE LETRAS

La noche caía lentamente en la plaza del Cardenal Salazar mientras el aroma a azahar inundaba las calles y otorgaba a los corazones la inusitada e inexplicable alegría de la primavera. El suave viento que emanaba de los majestuosos y humildes naranjos tenía un agrio sabor a esperanza mezclado con un dulce toque de anhelo. Un grupo poco numeroso de estudiantes cruzaban aquel pórtico antiguo presidido por un gigantesco farol granadino que alumbraba la mente de todos aquellos que decidían estudiar carreras de letras. El pórtico, ese fiel testigo eterno de encuentros entre corazones repletos de juventud, me miraba fijamente. El mío, que un día también lo fue, ahora ya estaba sediento de compañía y empachado de pasado.

El crepúsculo es mi momento favorito del día; todo vuelve a la calma después de los días ajetreados de trabajo en la ciudad de las tres culturas. En lo simple está lo bello y mi alma ya vieja aprendió a verlo con el paso del tiempo, impertinente tarde para mi gusto. Yo también fui alguna vez como aquellos jóvenes, yo también salía de la facultad sin pararme a disfrutar del escultural espectáculo del ocaso. ¿Quién pudiera dar marcha atrás con el fin de intentar remediar lo irremediable para evitar el oscuro recuerdo eternamente susurrante?

El susurro del recuerdo gritaba y me estremecía, rugía tanto que yo rabiaba. Como por una magia extraña y un magnetismo mágico me armé de valor y crucé el pórtico. El farol no me iluminó, o quizá sí, no lo tenía muy claro. Mis pies andaban sin mi permiso mientras mi corazón celebró la victoria sobre mi débil cerebro. El corazón latía rápido pero el tiempo pasaba lento. Las paredes del edificio estaban viejas y frías, las luces eran blancas y el olor era decimonónico. Citas vivas de célebres autores daban voz a las paredes muertas. Y cuando fui consciente, estaba allí, en aquella biblioteca donde solo dos personas sabíamos lo que había. Observé mi reflejo en la puerta y me di cuenta de que en aquel tiempo no cogí las rosas ni tampoco pensé que en algún momento las gotas

del río se fundirían en el mar. Me pesa haber perdido las rosas que posiblemente nunca llegué a tener, muy a mi pesar. Me daba miedo fundirme con el mar, ¿quién no ha tenido alguna vez miedo a la inmensidad?

El susurro me llevó hacia aquel lugar del que siempre había pretendido huir; su ruido era directamente proporcional a la distancia de huida. Me di cuenta de que estaba estático en la puerta y de que las personas que estaban en la sala de lectura comenzaron a mirarme con extrañeza y con tono burlesco. Me disponía a bajar al sótano pero cuando pisé el primer escalón de la estrecha escalera que daba al sótano una mano me tocó el hombro y amablemente me invitó a salir porque era la hora de cerrar. ¡Bendita suerte la mía!

Aquella noche volví a mi pequeño apartamento en el que vivía solo con una tortuga, una televisión y unos cuantos libros de mi época universitaria. Un panorama desolador como el de otras muchas personas de mi edad de las que no se acuerda ningún familiar a no ser que sea para la cena de navidad. La soledad me quemaba y la tristeza me rasgaba el alma cada noche. Nunca fui experto en cocina, así que para cenar hacía algo de caldo y una pequeña tortilla, si es que se le puede denominar así. ¡Cómo echo de menos a mis padres! ¡Qué no daría yo por la suave y tierna caricia de mi madre! Me asomé a la ventana y miraba a con tristeza a la luna, pensando que detrás, en la parte que no se ve, me estaría esperando. Ella odiaría verme así, era pura alegría y dulzura. Al volverme anciano, me volví infantil y necesitaba leer cuentos de Grimm. Imaginaba que mi padre me los contaba, a la luz de la lamparita de la mesilla de noche. Imaginaba que era Juan “sin miedo”, o Juanillo “el valiente” como lo llamaba mi padre. Me acurrucaba fuerte a los libros que una vez tocaron, intentando sentirlos. Me abrazaba como un crío a las páginas que una vez abrazaron. La noche era fría, el ánimo oscuro y estaba bañado en

las aguas de la melancolía. Aguas en las que me sumergí hasta que no apenas podía respirar.

Esa noche no dormí, corría como loco por el piso, buscando vestigios de mi infancia o de mi juventud. Me di cuenta de la estúpida necesidad melancólicamente materialista que inundó la poca racionalidad que me quedaba. Yo que siempre había hecho gala de no dar importancia a lo material y sí a lo inmaterial, necesitaba aferrarme al mundo físico para intentar sentir lo intangible para poder así recuperar parte de mi alegría y de mi cálida paz. Desde mi ventana vi salir el sol y caí agotado sobre mi sillón. Sentí dos cálidas caricias mientras me dormía de puro agotamiento. Sentía lo inmaterial. Sentía el ser. Sentía que estaban orgullosos de mí y al fin y al cabo ese es el sueño que todos tenemos desde pequeños; aunque la nieve caiga sobre nuestras cabezas, seguimos siendo niños con más altura y más necesidad de cariño.

Desperté a las pocas horas porque el chico que había contratado para la limpieza estaba llamando al timbre. Yo ya no tenía fuerzas para hacer el menaje, aunque de siempre me había gustado. Es un joven enérgico y elocuente, siempre me convence para que componga algo de música y no deje mis partituras. Me despierta ternura porque trabaja para poder pagar sus estudios y así ayudar en su casa. Yo siempre que tiene exámenes le digo que no limpie y le intento ayudar en lo que mi memoria me deja recordar, pues una vez fui catedrático en la universidad. Como estamos a finales de abril, aprovecho su última hora de las tres que viene para explicarle cosas tan interesantes como las teorías lingüísticas o la importancia de la semiótica en la cultura. A casi nadie le interesa, pero los dos sabemos lo importante que sería que este mundo de nativos digitales se alimentara de las humanidades. Es como el hijo que nunca tuve y al que ayudaré hasta que sea mi hora de partir.

Cuando se fue, me dormí y puse la alarma para intentar volver a la biblioteca antes de que cerraran. Eran las cuatro de la tarde cuando desperté, la temperatura era casi tropical y el cielo estaba preparándose para soltar un buen chaparrón de agua. No me atrevía a salir aunque ansiaba llegar al sótano de aquella biblioteca. Me quedé en casa y puse la televisión pero nada me entretenía; la miraba sin verla mientras había un desfile de imágenes pasando delante de mis retinas acompañadas de sonidos y ruidos. Había un debate de políticos y tuve que cambiar el canal. No podía escucharlos, ni apenas oírlos. Gritaban, sus voces se solapaban formando disonantes y cacofónicos acordes; estaban tan cegados que a veces no se daban cuenta de que decían lo mismo. Hablaban mucho, con palabras huecas, sin contenido, rellenando minutos y diciendo poco. Me dan miedo las personas que dicen poco hablando mucho; o son maquiavélicas y omiten lo indeseable del discurso, o están huecas porque necesitan rellenar innecesariamente una idea vacía. Fuere como fuere, me vi forzado a cambiar de canal. Tantas veces que tuve que apagar esa caja mágica. Había dejado de llover, el aroma a petricor inundaba el pequeño apartamento, me disponía a salir pero el reloj marcaba ya las ocho de la tarde. Mis planes se demoraban un día más.

Hice unos palitos de merluza para cenar; si bien el rebozado no es lo más sano, es lo más fácil de cocinar para el ser humano. Y de postre tomé un yogur de fresa. El olor que desprendían las calles era más que agradable y el color naranja de las farolas contrastando con el azul oscuro del cielo me parecía una auténtica delicia. La imagen que podía ver desde mi ventana era suave a la vista y nutría al oído de tal forma que la sensación era de estar en otra dimensión totalmente apaciguadora para el alma. Se puede disfrutar con poco, y yo con la lluvia era feliz. Pues la lluvia limpia y se lleva la agitación y la activación. La misma que yo había sufrido la noche anterior. Hoy me sentía en paz, en calma y lo aproveché para irme temprano a la cama. Mandé un

mensaje a Daniel para que no viniese mañana para que se quedara estudiando. Me hizo caso y se lo agradecí pues yo tenía una misión, volver al sótano y descubrir si mi tesoro seguía allí. Sabía que descubrirlo no sería fácil, y afrontarlo, menos.

Al despertarme temprano, me puse la chaqueta de lana que me tejió mi abuelo con mucha delicadeza y a quién jamás olvidaré por muchas veces que se ponga el sol. La bufanda me la regaló mi abuela, con lo poco que pudo ahorrar cuando dirigió a aquella cuadrilla en la fábrica. Su ausencia física no implica ausencia espiritual en mi día a día. Porque los siento cerca, creo y espero que no se hayan olvidado de mí. Yo al menos jamás me olvidaré de ellos; tampoco de los buenos momentos en compañía, pero de ellos, como seres únicos e irrepetibles tampoco. Me dispuse a salir y sonaba el teléfono, pero yo ya no tenía tiempo para eso. Seguro que era mi doctora, pero no iba a acudir a consulta. Tenía algo más importante que hacer antes de partir.

Llegué de nuevo a la plaza y crucé el bello y misterioso pórtico. Había estudiantes quejándose por un examen de lingüística, otros hablando del post-estructuralismo en el patio y más adelante, cerca de la biblioteca, una pareja debatía acaloradamente sobre interpretaciones posibles a poemas victorianos de Tennyson. Era un lujo para mis oídos saber que ese acervo cultural existía entre los más jóvenes, pues los haría libres de prejuicios, falsos estereotipos y sesgos vomitados a diario en la era de la desinformación. Desde mi punto de vista, consumir fast-news es a perspectiva como fast-food a alimentarse; lo comes y te llena el estómago, pero no te nutre. Si algo me enseñó mi profesión, es que las letras y las humanidades nos hacen ser más críticos de lo que a los poderes hegemónicos les gustaría.

Por fin, ahí estaba la puerta acristalada de la biblioteca. Un mundo lleno de sabiduría y de libros de las más ilustres autoras y de los más ilustres autores. La justicia poética se

cumple en este caso; y aquellos que alguna vez prohibieron la entrada en la universidad a las mujeres, allá donde estén tendrán que asumir su patriarcal error y aceptar que si bien ellos en su momento tuvieron el poder de denegar su entrada, ahora ellas vivirían en millones de bibliotecas para la eternidad.

Bajé las escaleras, despacio, sintiendo el frío suelo a través de mis zapatos. Y busqué la signatura IX entre las 10 estanterías; en la sección de textos ingleses medievales debía estar el ejemplar de *The Wanderer*. Pobre caminante errante que perdió su rumbo, mal mirado por el pueblo, condenado a la soledad. Yo sin traicionar a nadie tenía la misma condena. Al menos al errante lo acompañaban las cenizas de mar, a mí ni eso. Abrí el libro y la promesa que me hizo treinta años atrás la había cumplido. Allí dejó aquella rosa ya ennegrecida por el paso del tiempo, y un papel, que amarilleaba y que tenía pentagramas vacíos y solo un sistema sin completar. La primera nota era mi, la segunda nota su cuarta justa ascendente y la tercera nota era la segunda justa descendente de la primera nota.

Busqué algo más, pero no había nada más. Mis arrugados dedos surcaban las páginas en busca de algo que yo sabía que faltaba. Pero en ese justo momento, mi corazón comenzó a palpar aleatoriamente, me fui convirtiendo en piedra y volviendo al mar.

La gota que nació en Cazorla comenzó a recordar su vida desde el nacimiento. A veces iba más acompañada, otras iba más sola; ocasionalmente crecían algas violentas que no la dejaban ver el cauce con claridad. Se chocaba, se caía y se levantaba; en ocasiones pensaba que no llegaría al final. Pero su camino estaba escrito, y aunque había sido cursado por otras gotas con anterioridad, jamás hicieron caminos idénticos. La gota, allá por San Fernando, veía como las otras se fundían con la mar. Sabía que ese momento llegaría, por mucho que lo intentara evitar. Llegó el momento de fundirse con el mar.

Allí, en la bella inmensidad con terrible ansiedad aparecieron a quiénes quería más. Eran las cinco de la mañana, y no era por casualidad, la luz a esa hora siempre brilla con intensidad. Mientras el anciano se fundió con la eternidad, el libro que sostenía colisionó con el suelo y un papel salió disparado de la sección M, capítulo 12 y línea 13. El mensaje, jamás lo sabrá, pero justo antes de partir se percató de que el susurro que había oído durante tanto tiempo venía de su corazón.

En un mayo tomaron vidas en paralelo, pero hasta el final se tuvieron en el pensamiento. Querían ser libres, sin estar atados, necesitaban vientos de opuestas componentes. Pensaban que su historia jamás se escribiría, pero fueron ejemplo de amor y valentía; se respetaron y siempre el bien sinceramente se desearon sin tener que pasar la vida de la mano. En un mayo partió este peculiar anciano sabiendo que sí fue amado. Y sí, la rosa se marchitó, pero no hubiera llegado si no hubiera sido por la fuerza del amor.